Tomo XI

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 9

San José, Costa Rica **1925** Lunes 9 de Noviembre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

DESDE LOS ESTADOS UNIDOS

De pelo corto

Todas las muchachas norteamericanas se han cortado el pelo. No hay más cabellos jóvenes que los que particularmente se distinguen por su abundancia o su belleza. Es el signo de la libertad. Por primera vez en la historia del mundo las mujeres se han cortado el pelo en signo de su liberación. Así, al menos, lo creen muchas mujeres. Pero yo no vi la estatua de la libertad al entrar en el puerto de Nueva York. Creo, con todo, que conserva su natural corona.

Este mismo significado dieron los chinos a la cortadura de su trenza. La maravilla se ha realizado, y aún el mundo no entiende lo que ha visto. ¿Por qué someterse a las costumbres ancestrales? ¿Por qué no cambiarlas cuando se nos antoja? No que a mí se me importe un canasto de lo que hagan las mujeres con su pelo. Tan bellas o tan feas, según los casos, están si se lo cortan como si se lo dejan; pero si el pelo largo es el signo de una feminidad que se rechaza, ¿por qué los hombres de la China se dejaban la trenza? Y si cortarse el pelo es simbolo de la emancipación, ¿por qué se lo cortan las novicias al hacerse monjas y las judías ortodoxas al casarse?

Durante siglos hemos simbolizado el mayor sacrificio que podía realizar una mujer en el tijeretazo que cortaba sus cabellos, al profesar el claustro. Era la renuncia a la vida del mundo, la consagración a deberes y amores celestiales, el llamamiento de lo invisible, el testimonio de lo sobrenatural. Ningún hombre que ha conocido una muchacha que después se ha hecho monja ha recordado el pelo que cubría su cabeza sin un suspiro de lamentación. Y no se puede ver en los mercados judíos de los barrios pobres, en Nueva York o en Londres, a las mujeres tocadas con feas pelucas, sin admirar el heroísmo de una raza que conserva tan doloroso sacrificio. Lo que dice la peluca es que la mujer que la lleva renunció al casarse a toda coquetería y orgullo de su físico, para no ser, en lo futuro, más que la madre de sus hijos.

Una de las profesiones más viriles de España, la de torero, se distingue por dejarse crecer el pelo. Cortarse la coleta significa renunciar al aplauso para encerrarse en su casa. ¿Por qué el pelo corto de la mujer moderna significa precisamente lo contrario?

Las librerías norteamericanas están llenas de obras que pretenden resolver el problema del amor. Dentro de pocos días veré si ocurre lo mismo en las inglesas. El tema candente es el de la Eva nueva. Se dice que es el sexo dominante. Hay quien asegura que no tardará en desaparecer el hombre, porque la mujer aprenderá a reproducirse sin ayuda de varón. A mí se me figura lamentable la necesidad en que la mujer se encuentra de ganarse la vida. ¿No será el feminismo sino la consecuencia de la pobreza o del egoísmo masculinos?

Pero dejémonos de tópicos ya usados. Lo característico de la mujer norteamericana es el saber de las cosas que eran misterios hasta hace cuarenta años. Se educan, como los hombres, en los colegios universitarios. No hay ninguna muchacha norteamericana de buena posición que se eduque en conventos, ni aun las de familias católicas. La ambición de los grados académicos es en Norteamérica más femenina que masculina.

El conocimiento de los hechos básicos de la generación y de la vida es parte integrante de la educación. Si era ese el fruto prohibido, la nueva Eva ha mordido la manzana del árbol de la vida. Para limpiar el aire de malas prácticas y degeneraciones los educadores norteamericanos han encontrado dos remedios: conocimiento del misterio sexual y ejercicio físico. Su confianza la han puesto en el saber, que ilumina la razón, y en el atletismo, que fortalece el cuerpo.

Les admiro el valor. Ignoro si la experiencia saldrá bien. Uno de los resultados es patente. La raza es vigorosa. Falta saber si este vigor es resultado de la riqueza y del atletismo, sin que el esclarecimiento de la vida sexual tenga gran parte en ella. Me sería imposible, de otra parte, combatir la difusión del saber. Este es, para mí, principio sagrado. Si la humanidad sólo se puede perpetuar en la ignorancia, no vale la pena de preocuparse por su porvenir.

Lo que no me parece es que el esclarecimiento se haya dado en un momento de sed de eternidad, es decir: de genuino idealismo. De aquí las pobres dudas mías. La gente ha aprendido a manejarse mejor que en las generaciones anteriores los negocios sexuales. Quizás con ello se ha contribuido a su mayor fortaleza. Me parece muy verosímil. Pero esto es todo, aunque no sea poco, lo que pueda decirse en favor del nuevo orden de ideas y de los nuevos métodos.

Al mismo tiempo que la raza se vigoriza disminuye su fecundidad. Y ello es también resultado del esclarecimiento de la vida sexual. La gente se hace más sana, pero también más egoísta; mejor dicho: aprende los medios de someter el instinto al egoísmo. Muchos médicos se felicitan de todo ello. Muchos pensadores dan la voz de alarma. Pero el optimismo es todavía casi universal. En los Estados Unidos es obligatorio el optimismo.

Prevalece todavía en los Estados

Unidos una ilusión semejante a la que encendió Rousseau en el siglo XVIII, cuando ya se empezaba a dudar de la suficiencia de la razón. La naturaleza nos salvará; sólo necesitamos conocer sus leyes. A las alarmas de los pensadores contestan los optimistas: «Perfectamente. Que los egoístas se esterilicen. Así desaparecen de la Tierra».

Sólo que no se trata únicamente de los egoístas, sino de las clases intelectuales en general. Los que llevan la antorcha de las ideas desaparecen de la Tierra. La luz es recogida por los menos buenos, que a su vez se irán borrando del planeta para dejar el paso a los peores.

Pero a ningún norteamericano se le permitiría la expresión de semejantes jeremíadas.

RAMIRO DE MAEZTU

(De *El Sol*, Madrid).

BOLCHEVISMO Y FASCISMO

El pueblo es un niño...

«El pueblo es un niño...», parece que ha dicho Mussolini a una redactora del *Daily Express*. «El pueblo es un niño, al que hay que guiar, ayudar y aun castigar cuando sea necesario.»

¿No fué maestro de escuela, en sus años mozos, Benito Mussolini? Este concepto del pueblo cómo menor de edad debe llevar lógicamente a entender la obra política como una labor de educación. ¿Qué pedagogía aplicará hoy el antiguo preceptor, convertido en jefe del Gobierno y árbitro del Poder?

La pedagogía de la férula y el ricino es, ciertamente, una vetusta pedagogía. Toda la educación moderna está inspirada en la libertad. Respétase, cultívase la propia espontaneidad del niño. Hasta la disciplina exterior, la ley impuesta, necesaria, sin duda, no tiene valor pedagógico más que en la medida en que vayan despertando en el alma infantil el sentido de la norma interior, de la libre voluntad racional y moral. El niño debe ir formando y desenvolviendo su propia personalidad humana. Y el atributo de la personalidad es la libertad.

Si el pueblo fuera un niño, para la libertad debería ser educado.

* *

Pero Mussolini no cree en la libertad.

«La libertad no existe—ha dicho—ni existe cosa alguna que se le parezca...» A su juicio, la civilización es la antítesis de la libertad individual, y los que aspiren a los beneficios de la civilización deben pagarlos sacrificando, en parte, su libertad individual... «No existe la libertad más que en la fantasía de los ideólogos que sacan de las nubes su filosofía impracticable. La mía, por el contrario, está muy cerca del suelo...»

Todos estamos muy cerca del suelo. No podríamos vivir sin apoyar sobre él firmemente nuestros pies. Mas la cabeza se levanta hacia las nubes. El hombre es un animal erecto. Su dignidad consiste en que su frente se yergue hacia las nubes. Y, según lo que pasa por su frente, suele, tarde o temprano, modificar el mismo suelo que pisa. Venimos del polvo de la tierra; pero lo transformamos luego, construyendo con su pobre arcilla la ciudad de nuestros pensamientos...

* *

La libertad, además, no está en las nubes.

Toda la obra de la civilización política en los dos siglos últimos ha consistido cabalmente en esta doble acción, sólo en apariencia contradictoria: de un lado, asegurar la cooperación social, y de otra parte, garantir las libertades individuales.

Solidaridad no excluye libertad. No, no es la libertad una quimera que, como piensa Mussolini, hayamos de ofrendar en sacrificio sobre el ara de la civilización. A medida que la civilización ha pedido más al individuo en beneficio de la colectividad, más también ha respetado en él esa especie de círculo jurídico inviolable, esa como sagrada aureola que llamamos los derechos de la persona humana.

Desde 1793 a 1914 han ido marchando con pasos iguales lo que llamamos civilización y lo que llamamos libertad. Y si, después de 1914, con la guerra europea y la trasguerra, ha conocido quizás el mundo una crisis de libertad, también ha conocido, a la par, una crisis de civilización.

* *

En último término, «la libertad», como concepto filosófico, podrá residir en las nubes o, si se quiere, en el cielo luminoso de la ideas... Pero «las libertades», como materia política, constituyen una realidad claramente definida y estructurada en este bajo suelo. La libertad de la persona y del domicilio, la libertad de conciencia, la libertad de palabra y de imprenta, la libertad de reunión y de asociación, son cosas inequívocamente concretadas en las Constituciones y Códigos de los Estados.

Podrá un pueblo disfrutar de esas libertades o carecer de ellas. No podrá decir que ignora en qué consisten. Ampliamente, amplísimamente, usó de todas ellas en la oposición el propio Mussolini. Hoy, a quienes las piden, podrá desde el Gobierno concederlas o negarlas. Mas no puede razonablemente contestarles que le piden una cosa que está sólo en las nubes.

* *

Frente al problema de la libertad, la posición de Mussolini se parece mucho a la posición de Lenin. En su interesante estudio sobre este último, nos descubre Máximo Gorki el estado de alma del dictador eslavo. ¿Respeto a la libertad de los adversarios del régimen soviético? ¿Derecho a la crítica por parte de los pensadores independientes? «Yo no sé si existen, en realidad, pensadores independientes—replicaba Lenin—. Lo que sé es que hoy en Rusia no los necesitamos para nada.»

Bolchevismo y fascismo, dos fenómenos políticos que, surgiendo en campos opuestos, guardan una profunda analogía espiritual. Los dos son esencialmente antiliberales. Los dos tienen una apariencia de novedad, de modernidad. Ambos responden, en el fondo, a un criterio arcaico, primitivo, y representan la resurrección de métodos políticos que creíamos definitivamente superados.

La dictadura roja despertó en el extremismo revolucionario tantas ilusiones como la camisa negra en el extremismo de la derecha. Se dijo de una y otra, al llegar al Poder, que durarían poco: pero que cada cual a su modo, aunque confusamente, encerraba los gérmenes de una nueva idealidad, fecunda por el porvenir. Doble error. Bolchevismo y fascismo han vivido ya mucho más de lo que se creyó. No es tan fácil sustituírlos, ya que al destruir por la fuerza a las oposiciones hacen como aquellos príncipes orientales que, para asegurarse en el trono, degollaban a todos sus posibles herederos. Pero, en cambio, a medida que perduraron en el Gobierno, lo mismo los Soviets que los fascios fueron dejando de despertar, aun en las conciencias respectivamente afines, una emoción ideal. Se vió que con fórmulas económicas revolucionarias o con un poco de retórica moderna, no traían, en el fondo, más contenido mental que la viejísima doctrina del despotismo.

* *

¿El pueblo es un niño?

Esa teoría no parece, por cierto, un descubrimiento de última hora. No hace otra cosa que resucitar el punto de vista característico de aquel «despotismo ilustrado» del siglo XVIII, que floreció en varias Cortes europeas y fué personificado en España por nuestro buen rey Carlos III. «Todo para el pueblo: nada por medio del pueblo...» Pero los tiempos eran otros, y el «despotismo ilustrado» de antaño tenía, además, amplitud filosófica, elegancia espiritual, simpatía respetuosa hacia los fueros del pensamiento.

Y de entonces acá, toda la obra intelectual, política, social: obra de siglo y medio: obra inmensa, esforzada, a veces heroica: obra que apasionó a los genios más altos que la humana raza produjo, ha ido precisamente encaminada a conseguir que el pueblo deje de ser un niño y se acerque a esa mayor edad, que es la edad de la emancipación...

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

Semper fidelis

CON qué sincero placer pago esta deuda! Mi manifestación de admiración y gratitud a las antiguas sirvientes de mi familia, a aquellas magníficas, fieles, devotas, altruistas mujeres que desempeñaron en nuestro hogar, desde el humilde oficio de barredoras y pulidoras de pisos hasta las delicadas faenas de la cocina y del lavado y las altas funciones de nodrizas y niñeras.

De esas, de igual ley y de tantos quilates, ya no se estilan; el mercantilismo ha secado la fuente que las manaba. Ya se acabaron, ya todas, sin excepción, fueron a recoger de manos de su Creador, el merecido y bien ganado galardón, el Paraíso Celestial prometido a los buenos, a los humildes, a los de corazón noble y generoso.

Pasaron ya, en su dura jornada por este Valle de los Desterrados hijos de Eva y sus nombres que con íntimo cariño no se han borrado de mi memoria, fueron:

DOLORES - RAMONA CARRIÓN
ESTÉFANA - FULGENCIA - CHEPA MELÉNDEZ
CHON - NICHA - DOMINGA
MANUELA JIMÉNEZ - MARÍA VÁSQUEZ

La Carrión, la Meléndez, la Jiménez y la Vásquez eran singularizadas por sus apellidos; las demás o no los tuvieron o nunca los supe. ¡Qué importa! Así, sin apelativos, sin distintivo de familia, sin eslabón de continuidad para que pudiera conocerse a sus antepasados, así las guarda mi memoria y las venera mi corazón. Compañeras inseparables de mi infancia, de mi niñez, de mi adolescencia, de mi edad viril; enseres vivos del solar de mis mayores, carne de nuestra carne, huesos de nuestros huesos, partes integrantes de mi hogar paterno y de mi casa propia a la que llevé conmigo cuantas se salvaron del ciclón de nuestras adversidades!

Su abolengo, el de todas, debió remontarse a las Agares del Antiguo Testamento y a las Cleofás del Nuevo; los viejos troncos se columbran ennegrecidos en los campos de la Historia como mudos testigos de las vicisitudes humanas; reverdecieron tras los siglos con las Gregorias Apolinarias o Policarpas Salavarrietas en 1817, con la mama del Erizo Santamaría en 1856 y fué de su dura leña que se labraron Teresa de Jesús, Rosa de Lima, Bernarda de Lourdes, Juana de Domremy, las madres de Lincoln y de Juárez y la Gran Cavell!

Porque eran buenas sin igual, nobles sin rival, fieles sin tacha, generosas sin ostentación, cariñosas sin medida, sufridas sin queja, honradas sin límite, puras de alma y de corazón, excelentísimas cristianas!

Dolores, nuestra Lola, ocupa el mejor lugar en mis recuerdos: ella me recogió del seno de mi madre, ella me crió, ella me doctrinó, ella me enseñó a temer a Dios y a reverenciarlo; grabó en mi memoria las primeras oraciones y en mi corazón los primeros preceptos; veló mi sueño, rió y lloró conmigo, me castigó y me acarició; y cuando del brazo de un hombre bueno, humilde, justo y honrado fuése a formar un hogar que ha sido modelo de virtudes, se llevó con ella las bendiciones del adolescente y el entrañable cariño del niño colegial. Cerró los ojos a la vida terrenal para abrirlos a la Gloria Eterna; ¡si Dios no hubiera existido, mi ferviente deseo lo hubiera inventado para que saliera a recibir aquella alma inmaculada!

¿Quién hubiera podido sacar de batea, goma y plancha, blancas como copos de nieve, brillantes como mármol bruñido, mórbidas como fuste de palmera, las camisas de lino que salían de las habilísimas manos de Ramona Carrión, o de Chon, la destrísima chapina?; ¿quién con más primor convertía nuestras semillas y nueces en deliciosos confites y las cortezas y pulpas de nuestras frutas en sabrosísimas conservas, sino la bravísima Estéfana?; ¿quién devolvía más limpia y olorosa a romero, más alba que carne de coco, la ropa blanca que lavaban las bruñidas manos y los nervudos brazos de Fulgencia?; ¿y a guisar a estilo netamente tico, quién podría mejorar a Chepa Meléndez?; ¿a quién podría confiarse mejor la crianza de un rorró que a las sanísimas ubres de Nicha?; quién más alerta, más vivaracha, más juguetona, para entretener criaturas, como Dominga?; ¿quién para cuanto pudiera ofrecerse, con la cuchara, con la piedra, con la escoba, con el trapo de sacudir o con la cera de pulir, como la galana y frescota María Vásquez, la nicaragüense?; y por fin, ¿quién para esos y muchos otros oficios como Manuela Jiménez, la güechita, de cuerpo delgado pero recio como el acero, de pobrísima instrucción pero de imaginación maravillosa y de memoria fenomenal?; ¡ella era Ibsen, Samaniego y Trueba, era Boccacio, era Edgar Allan Poe, era la rapsodista de las Mil y una Noches, de Don Quijote, de Sancho y de Bertoldo; la insigne relatadora de cuentos de camino, con reyes, príncipes y *princi-pas*, tontos y vivos, enanos, duendes y hadas, gigantes y ogros e invencibles guerreros; la Scherazada nuestra que nos convocaba a la vera de los fogones de la cocina en la prima noche o en el oscuro corredor surcado acá y allá por por clarores de luna y nos deleitaba con sus interminables fantásticas relaciones!

Todas, las diez, tienen su nicho en mis recuerdos, ornado con las flores de mi gratitud, aromado con el incienso de mi leal reconocimiento. ¡Ellas fueron dispersadas por el vendabal que barrió los lares y penates de mi hogar grande y, alejadas de éste, fueron desgranándose entre los brazos misericordiosos de la Muerte, con palmas o azahares, coronadas de rosas o de espinas, pero con dulce placidez en el apergaminado semblante, con la miel de la sonrisa en los secos labios, con el aleteo de la bienaventuranza en los vidriados ojos!

¡Fie[illegible] servidoras de mi hogar, saludo respetuosamente vuestra memoria! ¡Cuando pase de éste al otro mundo, dadme el inefable placer de salir a mi encuentro; quiero principiar los siglos de ventura que del Señor espero, bajo el ardiente sol de vuestras miradas cariñosas y con la grata armonía de vuestras palabras de bienvenida!

MAGÓN

Nueva York, junio de 1925.

La fiesta del estudiante

Una hermosa demostración del anhelo de cultura que bulle en el alma de nuestro pueblo, es la manera espléndida, verdaderamente grandiosa, como celebra la capital de la república la fiesta del estudiante. Ninguna otra manifestación de regocijo público, ningún fausto suceso, ningún aniversario, ninguna conmemoración, logran como el día consagrado al estudiante exaltar el ánimo de todas las gentes, cohesionarlas en un solo impulso de alegre entusiasmo, solidarizarlas en el deseo que las diversiones abarquen a todos los gremios, a todas las capas sociales, a todas las edades y condiciones. El país se festeja a sí mismo, se enorgullece de rendirle este cordial tributo a la juventud que se educa, y expresa así clara y sonoramente la decisión de glorificar a quienes en el claustro severo, por medio de la disciplina mental, edifican el porvenir de la patria. Bogotá, singularmente exterioriza su espíritu docto y romántico al mismo tiempo, habiendo roto sus tradiciones monacales, su incompatibilidad con el alboroto y con la mascarada, para entregarse a la más ruidosa alegría, sin restricciones, sin gazmoñerías, en un solo día del año: en el día del estudiante, en la fecha dedicada al triunfo de la inteligencia aliada al amor y a la gracia, por virtud del gallardo florecimiento de la generación universitaria. Así, llena la capital plenamente su augusta misión maternal, que no descuida la profunda formación científica de los ciudadanos del porvenir, pero les concede la necesaria expansión, el placer que tonifica y renueva las energías, y canta con la juventud de las escuelas un himno vibrante a la vida fecunda que avanza radiante, fresca y decidida por sobre los escombros del pasado.

Es bella, admirablemente bella, la institución del reinado estudiantil, del trono alzado por la gracia, la belleza y la virtud que es el centro del movimiento estudiantil, y ha sido ocupado con singular decoro, con brillo y con donaire por cuatro egregias soberanas, doña María, doña Elvira, doña Elena y doña Emilia. El blando y dulce cetro que rige la actividad estudiantil, es un símbolo puro de las aspiraciones que se agitan en el corazón universitario. La turba bulliciosa, independiente y altiva, indisciplinada por naturaleza, que no acepta imposiciones ni mandos, que es la revolución misma, la sed de transformación, la inquietud renovadora, depone sus ímpetus bajo el yugo femenino, bajo el prestigio de la tiránica y omnipotente belleza, que ejercerá perennemente un despotismo, ineludible, el despotismo que ha impuesto todas las acciones generosas y que castiga con la proscripción y con el eterno hastío a quienes infringen sus leyes. Y jamás, por dilatadamente que se prolonguen los días de su existencia, olvidarán las damas que fueron postuladas o elegidas para este reino de ilusión y de ensueño, este supremo honor que las llevó a sintetizar en una hora todo el entusiasmo de los muchachos que piensan y que luchan por ser mañana la avanzada intelectual de su patria. Esta distinción altísima, conquistada por la magia de una suave sonrisa, por el fulgor discreto de una inteligencia cultivada, por los exquisitos dones de una alma buena, diáfana y serena, es el mayor trofeo, el más glorioso que puede alcanzar la mujer cuando, como sucede entre nosotros, su misión está circunscrita o poco menos a una mediocre actividad doméstica. El reinado estudiantil, al que se llega por las gradas de la galantería más pulcra y de la espiritualidad más leve, más alada, pone en contacto a damas preclaras de la sociedad con problemas concretos, prácticos, de elevada importancia y de incalculable trascendencia. De este modo y no con la áspera brega sufragista ni en el ardiente debate de la plaza, llegan nuestras mujeres, que poseen un maravilloso instinto del bien y de la verdad, a preocuparse eficazmente por las cuestiones que ya en otros pueblos han afrontado por completo.

De otro lado, es preciso que aquí, donde gremios, grupos, instituciones, apenas tienen una fisonomía borrosa, el gremio estudiantil acentúe sus características y ocupe en la vida de la ciudad como en la del país, la categoría que le corresponde. Esas murgas de universitarios que rasgan el silencio de las frías noches santafereñas con el rasgueo trémulo y melancólico de sus tiples y de sus guitarras, con la penetrante tristeza de sus canciones criollas, son una nota de sabor exquisito, que restaura el prestigio decaído de una raza que extrae de su entraña romántica el estímulo y la firmeza para los hechos heroicos en el campo de la vida o en el campo de la muerte. No miréis con adusto ceño a la falange juvenil que pasa frente a las tiendas de comercio aclamando a su reina, lanzando gritos de una alegría insensata. No penséis que esos muchachos están perdiendo el tiempo, que era mejor que nuestra época, tolerante y comprensiva, que sabe cómo el descanso es garantía del buen trabajo y parte esencial de la higiene del espíritu, aquella en que el estudiante era una víctima de implacables disciplinas, de absurdos castigos, una máquina de aprender lecciones. No creáis que estas horas de inocente alegría son robadas al estudio y van a torcer una carrera. Esta dichosa mascarada que recorre las calles es quizá el esfuerzo mejor orientado de cuanto hacemos—¡en cuán reducida escala!—por la educación. Necesitamos formar hombres, no libros, no diccionarios, no seres raquíticos, unilaterales y tediosos, no enciclopedias sin alma, sin nervios, sin sangre. Y ese resultado mal podía conseguirse si no exaltamos la energía vital, si no fundimos en el medio al muchacho que de las provincias viene a estudiar, si no le mostramos los ojos profundos de una mujer hermosa como el fanal que debe iluminar la senda dura de la vida, si no apartamos de su alma

Memorial de Emilia I, Reina de los Estudiantes de Bogotá

A los honorables senadores y representantes de mi patria:

No ha terminado aún el eco de mi coronación y un respetuoso mensaje os envía quien empuña hoy el cetro estudiantil de Bogotá.

Una necesidad nacional impóneme al iniciar mi reinado el que os exhorte a que apoyéis la obra grandiosa de la fundación de la casa del estudiante.

De tiempo atrás se ha observado la carencia de un hogar común, complemento de la universidad, que agrupe bajo único techo a los estudiantes que de todas las zonas de Colombia llegan a la capital, alivie sus penosas condiciones de subsistencia, excite a conocer y fraternizar, formando con ella indisolubles lazos que han de vigorizar aun más la unidad patria.

El empeño de que durante mi reinado sea la casa del estudiante una realidad, me inclina a insinuaros la manera efectiva como podéis obrar: ella es destinando una suma suficiente para la compra de un lote de tierra adecuado al objeto que se desea.

Sepa vuestra discreción disponer la ayuda que os pido, en la forma más conveniente para las necesidades estudiantiles, que son las de la patria.

Mis súbditos y yo grabaremos vuestros nombres en los muros de la casa del estudiante como verdaderos protectores de la juventud estudiosa.

Emilia I

En Santa Fe de Bogotá, a los veinticinco días del mes de setiembre de mil novecientos veinticinco

(El Diario Nacional, Bogotá).

esta tristeza helada que nos agarrota y nos corroe. Esas serpentinas multicolores que como la escala sedeña de los viejos poemas ascienden a las rejas pobladas de mujeres bellas, esos confetis que esparcen en la atmósfera un rosado polvo de ilusión, si los miráis con ojos hostiles, si los analizáis con el criterio del comerciante que los vende, serán vanidad de vanidades. Pero con algo más, mucho más. Son la vaporización alegre de profundos anhelos, el respeto de grandes dolores, el vehículo de llamamientos urgentes a la felicidad. Ni el desfile del carnaval, ni la multitud que lo contempla son entes mecánicos, artificiales. Están formados de almas atormentadas, que se mueven de angustia, de congoja, de un recóndito temblor, mientras adivinan tras de la careta el rostro amado, mientras a su paso encuentran en lo alto de una ventana, la dulce, la arrobadora mirada que en este día de locuras no ha de negar el consuelo ni la promesa que durante tantos y tantos días se buscó. La mascarada ruidosa, que parece por su misma naturaleza banal y despreocupada, es un río que arrastra en sus ondas muchas lágrimas, un verdadero caudal de ese licor precioso que alivia los corazones de cargas de tormento que agobiarían. Bajo la máscara, el pobre estudiante que lleva una vida de privaciones y de escasez, una vida estrecha que no le permite acercarse al amor que anhela, grita su pasión, exhala alegremente su vieja queja, macerada por la forzada resignación, a los pies de la mujer inalcanzable, cuya silueta leve, casi inmaterial, teje una danza obsesionante sobre las páginas de sus libros de texto.

Llegue, pues, y encuentre anchas las vías, ligero el ambiente, amable la acogida y difícil la muerte, el carnaval estudiantil. Rindamos todos, viejos y jóvenes, testimonio fervoroso de un humilde y agradecido vasallaje a la belleza que pasa coronada de gracia, en la magna culminación de su omnipotencia, en una carroza escoltada por jóvenes y gallardos paladines. Sonriamos, batamos palmas, ante el desfile que va para un país de ensueño y de fantasía. Concentremos en el fondo de nuestro pecho el ardor pleno de los mejores días, toda la esperanza en un futuro dichoso, toda la suavidad, toda la frescura, todo el sano vigor, toda la capacidad de amor y simpatía que nos resten, y tendámosla como una alfombra de rosas que arome al ser hollada, al paso de la reina de los estudiantes. En ella se compendian la fe, la resolución, los anhelos de una nueva generación de colombianos que traen un concepto de la vida más piadoso, más humano y más fecundo que el nuestro. Aceptemos todos—¿quién de nosotros que no sea un bárbaro no es un estudiante?—nuestra condición de súbditos, porque ella, la soberana, es la más fuerte. ¿No está armada de la gracia y escudada por la belleza?

Mañana, en el desfile del carnaval, habrá para cada espectador un minuto solemne, en el que por encima de los recuerdos tristes y alegres que en estas fiestas se alborotan y se arremolinan pretendiendo ahogarnos, se dirigirá a su corazón para decirle: ¡silencio! ¡Es la reina que pasa!

Y la reina, blanco emblema de triunfo juvenil, dominará a la ciudad rendida como en una dorada leyenda de las edades remotas, en las que mujeres superiores regían al mundo con la tiranía inexorable de su gracia y de su poder.

ARMANDO SOLANO

(El Diario Nacional, Bogotá).

Desde una ventana de los trópicos

Cuentos y bosquejos de la pintoresca vida y costumbres del pueblo de Costa Rica

La Propia, por MANUEL GONZÁLEZ ZELEDÓN *(Magón)*. San José de Costa Rica. García Monge & Cº. 1921.

HAY un sentido en el cual la invención literaria puede compararse con la administración de una fortuna», dice Edith Wharton en un reciente artículo sobre el cuento. «Economía y prodigalidad pueden tener su parte en él, pero nunca degenerar en laconismo o redundancia». Manuel González Zeledón maneja su tesoro propio y muy singular con economía y sagacidad, y su tesoro está hecho no sólo de duros modernos recientemente acuñados, sino de viejas monedas españolas del tiempo de la conquista, monedas de cobre ganadas con el sudor de manos campesinas y hasta pedazos de concha y piedra indígenas; monedas que llevan en su sello fechas de prosperidad, de paz y de años en que la salvaje tiranía encontró también la salvaje resistencia; monedas dadas a cambio de viviendas, cafetales, banderas, canastos llenos de cohombros y cabuya y orquídeas maravillosas traídas de los bosques en las tierras bajas, dadas quizá en pago de alguna vida humana misma.

Los cuentos comenzaron a aparecer primero en los periódicos de Costa Rica hace unos treinta años; son vívidos y breves bosquejos de la vida y costumbres de esa tierra centroamericana. Eran éstos, ya la leyenda tomada de labios de algún viejo *tico* o el breve relato de algún emocionante incidente de las guerras nacionales, oliente a pólvora; recuerdos de la niñez; una descripción de alguna escena en el mercado de la Plaza Principal o acaso alguna triste y romántica historia tomada de la vida en las haciendas. Los ensayos tuvieron una inmediata popularidad y fueron reproducidos en todos los lugares distantes a través de la América del Sur y de España, y fueron coleccionados después de algunos años por su autor, en un volumen llamado *La Propia*, el cual se ha reeditado varias veces; la más reciente es la edición que apareció en 1921 (1).

Este libro es interesante desde varios puntos de vista; en primer lugar por el delicioso sabor que deja esa familiaridad con el país más hermoso de Centro América, cuyas costumbres y aspectos están interpretados en estas páginas con cariño y penetración y una ardiente simpatía que no oscurece en lo más mínimo el humor del autor ni excluye cierta vivacidad maliciosa y muy latina con que trata algunos aspectos del carácter nacional.

Los cuadros tomados de la vida de la clase media, por ejemplo, están pintados con tal realidad que hacen pensar en alguna escena flamenca íntima de antaño; Dickens se habría sentido como en su casa en la estrechez de la cocina y la sala en *¿Quiere Ud. quedarse a comer?;* o en la pulpería del pueblo, de *Taquilla, pulpería y Tercena*, con muchas de sus mercaderías colgadas de perchas y postes que dan contra la nariz del comprador. El estilo del autor es muy variado. *El clis de sol* está hecho con verdadero humor, lleno de «sal» y viene a terminar con su indiscutible escandalosa conclusión. *Mi tío Chepe González* es un viejo soldado que relata el heroísmo de su capitán, con una realidad de descripciones que huele a pólvora. *La Propia*, cuyo nombre lleva el libro, es una verdadera balada, tragedia y romance; es la historia de la morena Engracia que lleva un palpitar de pasiones ardorosas jugueteando en sus lucien-

(1) El Autor alista una tercera edición, aumentada, con el título de *Veinte reales de cuentos con feria*.

tes pupilas, ensanchando las ventanillas de su nariz, vibrando en el turgente seno, y la del patrón ñor Julián, «dueño del beneficio y del cafetal y del cerco y del potrero y de la bueyada y de las sacas de leña y del trapiche del bajo y del cañal que lo rodea y del potro azulejo que en el caedizo se regodea con su buen cajón de pasto picado». Es característico del autor que ni moraliza ni sentimentaliza sobre la suerte de Engracia; en cambio, describe el acierto con el cual ella y su raptor arreglan sus vidas, antecedente que motiva la culminante tragedia hábilmente relatada. Sólo una idea bullía en el encandilado cerebro de ñor Julián: «dale gusto a la Engracia» y sólo un sentimiento dominaba en el corazón de la muchacha: «sacarle los riales a ñor Fulián» y ambos cumplen maravillosamente sus propósitos.

En un ligero esbozo como *El principio de autoridad* que simplemente pinta el encuentro del autor con un pícaro vendedor de leña, se puede apreciar su completo dominio de la materia y su tecnicismo gálico. Es esto precisamente lo que debe hacerse a la perfección para causar el verdadero efecto, y el señor González Zeledón lo hace de una manera maravillosa. Le da vueltas en su lenguaje a los jugosos nombres españoles de las variedades de leña que había antes; describe con cierto desdén verdes, «llorones, chorreando agua» los palos de leña que se venden hoy día y salta al picante diálogo lleno de sabor. La discusión entre el escritor y el vendedor de leña con la intervención del policial enfurecido, su aparición en el patio, todo descrito maravillosamente, con una vivacidad tal que hace a la insignificante historia aparecer como si fuera real y nos hace ver y oir al campesino desde adentro con su gran sombrero de paja haciendo sombra a unos ojillos llenos de malicia y desconfianza, el grupo de curiosos que se reunió en la calle, la suave y voluble elocuencia del intermediario explicando al policial estupefacto que el protagonista no era «un simple mortal, sino nada menos que un Diputado al Congreso».

El señor González Zeledón o *Magón,* para usar su pseudónimo tan familiar por todo Sud América, no es el único escritor de la América Central que cultiva el rico campo de las costumbres nacionales, pero ha sido el primero que lo ha hecho y es el más conocido y el más experto en esta clase de literatura. Aprendió su arte de los franceses y lo sabe mejor, para decirlo de paso, que los mismos españoles, porque aunque el español tiene cierto don para narrar y analizar, rara vez aparece tan en su terreno dentro de los estrechos límites del cuento, como este cuentista costarricense que puede caracterizar un tipo con una docena de palabras o dejar entrever, como por una ventana, en una página más o menos, escenas llenas de vida y color en un país poco conocido. Lo mejor de todo es que nos presenta la verdadera atmósfera tropical, esa atmósfera de los trópicos americanos tan a menudo descrita por escritores que sólo tienen la casual información del turista. En este libro hay pasión y calor tropicales, pero hay también otras cosas características y a menudo menos celebradas: la pobreza digna, el severo valor del fatalista y, la nostalgia que parece inherente al temperamento tropical y sobre todo, el agudo y maduro ingenio de los latinos.

Es fácil visualizar al autor a través de sus cuentos, como un hombre de ojo alegre y penetrante que ve la vida sin sentimentalismos, pero la juzga amable. El autor muy a menudo se escapa a escuchar los peones conversando en su *patois* criollo como el mango, y reproduce tales conversaciones muy a lo vivo; amigo de sacar buen partido de la ocasión y de rasguear su guitarra a la luz de la luna, lanzando a lo lejos la portada de su libro y de su tierra, invitando a entrar en ella al lector con aquella simpática y hospitalaria frase innata en los castellanos y criollos: «Entre: está en su casa».

MUNA LEE

(Trad. por HELIA DITTEL, del *New York Times Book Review*).

Arturo Capdevila

He aquí a un poeta. ¿El poeta de Argentina?... No, puesto que está aún muy viva, muy cerca de nosotros la silueta de Lugones. Y, no obstante ¡qué deseos de contestar que sí!

¿Por dónde empezar el estudio de esta personalidad diversa sin ser cambiante; múltiple y tan unida? Frente a la obra, nace una codicia ambiciosa de escogerlo todo, de arrancar una a una las hojas exactas del jardín. El intento trae la desesperanza y viene al espíritu la conformidad con lo mejor. ¿No es, acaso, esta conformidad la delicia más pura de la crítica?

Arturo Capdevila es un poeta. No basta decirlo; hay que agregar que, esencialmente, el poeta habla en él —¡con qué diserto estilo!—aun en las páginas que dan impresión de separarse, con mayor latitud, de la provincia lírica de su corazón, aun en los libros que él clasifica con el título un poco vago, un poco inexacto de *altos estudios.*

Son raras en la poesía argentina las notas apagadas. El desvahido matiz propio a la lírica de México, los grises lentos, los azules sin fondo de las lejanías de la altiplanicie hacen falta a la madurez de esa poesía que recuerda más que el tallo esbelto de los lirios la rubia plenitud de las manzanas, oxigenada por el sol.

En el mismo Lugones la deliciosa huella del simbolismo fué menos de espíritu que de forma. La melancolía de los *crepúsculos del jardín* ¿es verdadera melancolía?... No sé, pero a menudo, parece ser, sólo, sensualidad. ¡La chair est triste, hélas!... Sí, y, por desgracia, el espíritu también. La sensualidad de Lugones no es la torva, la ruda, la encendida de Jean Richepin. Se parecería un poco a la de d'Annunzio,—desleída toda en esplendores de sedas de Damasco dentro del agua de un espejo de Venecia,—si no fuera por su elegante economía, por las riendas clásicas con que Lugones frena, a tiempo, el impetuoso curso del romanticismo.

Las *Odas Seculares* convienen mejor al retrato que quisiéramos esbozar de Lugones, sobre el fondo de la poesía contemporánea de su país, un fondo que da a veces la impresión de haberse quedado en la pincelada convencional de Zuloaga.

Fernández Moreno expone la sonrisa de una larga placidez. El campo se refleja en su obra, no como el temblor de una vela sobre el cristal cortado de una lámpara de Sajonia sino como se reflejan, al mediodía, las cosas sobre el vidrio espeso de una copa de vino en el ambiente de un comedor de provincia.

En el cuadro de la poesía argentina, los colores sombríos se quedan, como en las telas de Velázquez, para los personajes secundarios. Con ellos empieza el segundo término—y, no siendo el primero, ¿qué importa ya que no sea el último?—en el que, por tolerancia con el uso, diremos que se destacan figuras tan borrosas como la de Alfredo R. Buffano.

Capdevila desdeña la anécdota que toda tristeza esconde y, cuando toca estos temas, lo hace penetrado de la gravedad de su misión. El mismo lo declara, con orgullo, en las palabras liminares del *Libro de la Noche:* «No fué el dolor nunca en mi verso, el dolor miserable de la pequeña pena por el pequeño desastre de todos

los días. Es un dolor más noble: inquietud profunda ante el destino; amargura ante la maldad humana; tristeza ante el derrumbe de las cosas esenciales». Palabras severas, palabras justas que no tienen otro defecto, tal vez, que el de ser pronunciadas en un matiz de elogio desinteresado, pero de elogio al fin, por el mismo poeta a quien tan admirablemente se adaptan.

Si me dieran a clasificar a los poetas que amo, haría, desde luego, con ellos, dos grupos distintos. Reuniría en uno a Keats, a Varlaine, a Juan Ramón Jiménez, a Francis Jammes. Serían estos los poetas de *emanación*, los que nos envuelven y nos borran a nuestros propios ojos como la niebla esfuma, adelgaza y acaba por destruir el paisaje que invade. Su poesía no se toca, se respira. Ibamos a ella con un alma determinada y regresamos con otra, distinta, pero... ¿podemos decir, en verdad, que hay alguien que regrese jamás de esta poesía?

En otro grupo colocaría a Rubén Darío, a Edgard Poe, a Baudelaire, a Góngora. Estos serían poetas de *definición*. No sugieren sino lo que expresan y esto, que podría ser su limitación, es el mejor de sus éxitos. Como de aquellos dijimos que la poesía es susceptible de respirarse, diremos de éstos que hacen poesía para el oído y para el tacto. De ellos se afirmó que *cincelaban la frase como un ánfora* y había en el juicio menos elegancia metafórica que exactitud de visión. Son, en suma, clásicos. Lo serán siempre puesto que el contenido de su alma se derrama, en su obra, por diques de modestia y de brevedad. A este grupo pertenece Capdevila.

Los libros de Arturo Capdevila no envuelven al lector en un vaho, en un tono peculiar. De él, como de los poetas con quienes lo hemos reunido, la memoria retiene más fácilmente los poemas que la poesía. Hablamos de su obra y nos viene el recuerdo del *Nocturno: a Job,* del *Romance del Mar Azul,* de la *Canción de la Recién Nacida*. Poemas sobrios, poemas fuertes, en que la emoción ha vaciado modelos definitivos con un idioma rico, ágil, que tendría la limpia tersura del mármol si, por momentos, no tuviera la facilidad un poco blanda, un poco trivial del yeso. Bastaría a Capdevila haber escrito el primero de los poemas citados para ser uno de los poetas más admirables de la América contemporánea. En cambio, la gloria de un Juan Ramón Jiménez, por ejemplo, no está en una página acertada, sino en el caudal constante de su emoción.

Desde *Jardines Solos* hasta *La Fiesta del Mundo,* Arturo Capdevila ha ido describiendo la curva de un lirismo sin excesos pero sin flaquezas. *Melpómene*, se colocaba junto a *Jardines Solos*, como un amigo huérfano junto a un amigo feliz. El dolor, el severo dolor sin anécdotas que Capdevila ama, se expresa a lo largo del libro con tonos sombríos, todavía indignos de alcanzar la depuración ya bíblica del *Nocturno* pero no exentos de la majestad que parece serle propia.

En el artículo de Leopoldo Lugones que sirve de prólogo a la segunda edición del *Poema de Nenúfar*, libro posterior a *Melpómene*, se lee, entre líneas, un reproche para esta porción oscurecida de la obra del poeta. Lo felicita por haber encontrado de nuevo, en *El Poema de Nenúfar*, los cauces más amenos, más sonrientes que apuntaban ya en *Jardines Solos* y descubre en este curso sosegado, en esta noble placidez (de que la *Fiesta del Mundo* sería la recompensa si no fuese el triunfo) las cualidades singulares y eminentes del autor.

«La piedad y la nobleza, he aquí sus méritos» dice de Capdevila el retórico maestro de *Las Montañas de Oro*. Sí, la piedad, la nobleza. Yo añadiría también: la desolación. La elocuente, la patética desolación de un Jeremías más que el literario, el artificioso grito de una Gabriela Mistral.

El *Libro de la Noche*, dentro de la armoniosa suma lírica del poeta argentino, es el libro de la desolación vehemente. Junto a páginas sin mácula como el *Nocturno: A Job* contiene desarrollos menos directos que podrían llegar a parecer demasiado lánguidos a no estar presente aquí, allá, siempre, el poeta.

La perfección unida que hallamos en *La Fiesta del Mundo* nos revela el estallido de la obra maestra. El tono se separa del sibilino arranque de los *Nocturnos* pero, en su ritmo más modesto, no dejan de sentirse vivas las virtudes de ayer: sobriedad, pureza, profundidad.

Frente a las conquistas modernas y a las gracias acrobáticas de la literatura que a sí misma se llama, con sonriente satisfacción, literatura de vanguardia, la figura de Capdevila sostiene el peso de una tradición muy española y al propio tiempo muy sincera. Los poemas nacen o mueren en canción y canciones han sido los más afinados momentos de su lirismo. No vuelve la espalda al presente como Banchs que refugia, nuevo Lanzarote, su melancolía sin ecos en el palacio de un lago cristalino. Vive la vida de hoy y atiende a las solicitaciones más constantes del corazón humano, pero tiene el orgullo de su tradición y, puesto que alguna satisfacción de sí mismo ha de tener el hombre ¿no es ésta, acaso, la menos egoísta, la menos peligrosa?

JAIME TORRES BODET

México, D. F.

Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública.=

La libertad de la enseñanza (1)

1

La libertad de la enseñanza. He ahí otro programa u otra fórmula que cuenta con muchas adhesiones y muchos consensos. Pero he ahí también otra idea sobre cuyo valor práctico conviene meditar más hondamente. La libertad de la enseñanza parece, a primera vista, el desideratum hacia el cual deben tender todos los esfuerzos renovadores. Mas el ideario de los hombres que se proponen transformar nuestra América no puede nutrirse de ficciones. Nada importa, en la historia, el valor abstracto de una idea. Lo que importa es su valor concreto. Sobre todo para nuestra América que tanto ha menester de ideales concretos.

Acerca de la significación actual de la «libertad de la enseñanza» no carecemos de hechos instructivos. Uno de los más considerables es, sin duda, la entusiasta adhesión dada a este principio por los políticos católicos en Italia y en Francia. El partido popular italiano lo ha sostenido como la más sustantiva de sus reivindicaciones. La Iglesia romana, sagaz y flexible en sus movimientos, se presenta como uno de los mayores campeones de la «libertad de la enseñanza». A la escuela laica opone la escuela libre. ¿Sucede, tal vez, que en el ocaso del liberalismo, la Iglesia romana, defensora tradicional de la autoridad y la jerarquía deviene a su vez liberal? No nos entretengamos en sutiles averiguaciones. La política de la Iglesia frente al Estado demo-liberal quedó definida hace muchos años en la célebre respuesta de Veuillot al maligno liberal que se asombraba de que un católico de ortodoxa y rígida estirpe, se convirtiese en un asertor de la herética libertad: «En el nombre de tus principios, te la reclamo; en el nombre de los míos, te la niego». De completo acuerdo con Veuillot, los católicos de esta época no reclaman la libertad de la enseñanza sino ahí donde tienen que luchar contra la laicidad. Ahí donde la enseñanza no es laica sino católica, la Iglesia ex-confiesa categóricamente la escuela libre.

Naturalmente este hecho no desvaloriza en sí la «libertad de enseñanza». Pero nos ayuda a comprender lo relativo y lo convencional de esta fórmula, en cuya defensa coinciden por diversos caminos, los custodios hieráticos de la Tradición y no pocos caballeros andantes de la Utopía. Veamos la suerte de los trabajos de estos renovadores.

2

Francia nos ofrece a este respecto un interesante caso, ¿Quién no sabe algo del movimiento de los *Compagnons* de la Universidad Nueva? Este movimiento nació en las trincheras. Fué un fenómeno de la desmovilización. Muchos universitarios y maestros combatientes, sacudidos por la emoción de la guerra y de la victoria, volvieron del frente animados por un vigoroso afán de renovación.

Se sintieron destinados a la construcción de la Universidad Nueva. En los *compagnons* de la Francia antigua, en los obreros de las catedrales del Medio Evo, buscaron inspiración y modelo. La Universidad Nueva designaba en su espíritu y en su intención, el edificio de toda la enseñanza y de toda la escuela. Los *compagnons* se proponían organizar totalmente la educación pública. Y rehacer íntegramente, en la escuela, la democracia francesa. La guerra los había hecho heroicos y fuertes. La guerra les había dado voluntad combativa y *elán* revolucionario. «Es preciso, escribían, reconstruir la casa desde los cimientos al tejado. No os hagáis, maestros, ilusiones. Es preciso innovarlo todo, unir y cimentar todo. Es preciso rehacer las ideas, los programas, los métodos y el reclutamiento. Vale más ayudarnos que oponernos la fuerza de la inercia: ayudarnos a organizar nuestra reforma que imponernos vuestra experiencia. Vuestra experiencia es vuestra tradición y vuestra tradición muere con la gran guerra. Seamos claros. No son los profesores de 1900 los que harán la Francia de 1950».

¿Cómo realizar esta reforma? «La doctrina nueva, respondían los «compañeros», quiere una institución nueva. Entre el Estado, omnipotente y centralizador, indiferente a las vidas interiores, y los ciudadanos impotentes, aislados, enconados, es necesario introducir un término medio: la asociación, la organización corporativa. Es necesario entre el Estado y el individuo la corporación de la enseñanza, de toda la enseñanza primaria, secundaria, superior, profesional, la corporación en cada región, lo mismo que, entre la capital centralizada y abstracta y los departamentos, otras que nos preparen las nuevas provincias. Al lado de un Parlamento político, que es un anacronismo, y un sindicalismo revolucionario, que es una incógnita, queremos crear poderes nuevos. No queremos ese pasado ni tampoco ese porvenir violento. No queremos que la vida se fije en fórmulas políticas, ni se precipite en desencadenamientos instintivos. Queremos que se organice en corporación».

Este programa de los *compagnons,* no obstante que reclamaba la falencia del Parlamento y propugnaba la reorganización de la enseñanza sobre una base sindicalista, estaba lejos de ser un programa revolucionario. A análoga descalificación del Parlamento arribaban, sin esfuerzo, no pocos hombres de gobierno de Europa, Walter Rathenau, por ejemplo. Rathenau precisamente, en su esquema del nuevo Estado planteaba la necesidad de crear el Estado educador como un organismo distinto del Estado económico y del Estado político. Los «compañeros» de la Universidad Nueva parecían encontrar todo malo en la enseñanza, pero sólo en la enseñanza. Su consciencia de los problemas de Francia era demasiado gremial, demasiado corporativa. Educados en la escuela de la democracia, conservaban todas sus supersticiones. No habían conseguido librarse casi de ninguno de sus prejuicios. «Queremos una enseñanza democrática. La nuestra, en realidad, no lo era aunque se esforzase mucho por parecerlo». Así escribían estos reformadores evidentemente llenos de buenas intenciones, pero no menos evidentemente ingenuos en cuanto a los medios de traducirlas en actos. No averiguaban cómo, una vez organizada la corporación de la enseñanza, podría actuar su programa. Se complacían en hacer esta constatación: «El Estado ha fracasado en su empeño de hacerlo y centralizarlo todo, no pidiendo al individuo sino obediencia y sumisión. Su inmensa empresa de gestión ha superado sus fuerzas y sus capacidades, pero no ha cedido en sus pretensiones. Por eso hoy en lugar de actuar como un estimulante es, con frecuencia, un obstáculo y los intereses de cuya protección se han encargado languidecen. Este es un fenómeno general».

¿Aguardaban los *compagnons* su voluntaria abdicación del Estado en favor de su sindicato? ¿Creían que el Estado, por amor a la democracia pura, acabaría depositando en sus manos el poder de reformar la enseñanza?

La historia, en todo caso, tuvo un curso muy diverso. Las elecciones de la victoria entregaron ese poder en 1919 a los políticos, ebrios de chauvinismo y autoritarismo, del blo-

(1) Véase otro artículo de la serie: *La enseñanza laica,* en el N.° 1 del tomo en curso.

que nacional. Y estos políticos, en el gobierno no tomaron absolutamente en cuenta los generosos planes de los factores de la Universidad Nueva, tachados a priori por su concomitancia con las ideas de los hombres como Edouard Herriot y Ferdinand Buisson, en desgracia entonces. León Berard reformó la enseñanza secundaria, sin consultar a los simpáticos *compagnons*. Y naturalmente, no en el sentido democrático que estos preconizaban, sino en un sentido conservador, concordante con los gustos de la fauna reaccionaria y aristocrática. El bloque nacional se preparaba ya a pasar a la reforma de la enseñanza primaria cuando, los electores cansados de su dominio, decidieron arrojarlos del gobierno. Pero tampoco las elecciones del año último inauguraron la era democrática prevista por los *compagnons*. Estas elecciones elevaron a la presidencia del gabinete a un eminente normalista, a un amigo de la Universidad Nueva, a un partidario de la escuela única. Mas lo pusieron frente a demasiados problemas de urgencia. Y Herriot no pudo dedicar mucho tiempo a la enseñanza.

Revistando la batalla de los *compagnons*, C. Freinet escribía hace poco en una revista francesa lo que sigue: «Los Compañeros de la Universidad Nueva no son una fuerza, es decir no son capaces de imponer sus puntos de vista. Y esto depende de que no han podido organizar la unidad del cuerpo de maestros. Habían establecido, en todos sus detalles el plan de la futura catedral. Pero les han faltado los *compagnons* que debían edificarla, piedra sobre piedra. Y no podía ser de otro modo, pues era en nombre de principios moribundos que se llamaba a los obreros a la acción».

3

En Alemania, la revolución creó una situación favorable a la reforma de la enseñanza. Invitó a los maestros y pedagogos, en los cuales maduraba desde antes de la guerra una conciencia nueva, especialmente en cuanto a la enseñanza elemental y post-elemental, a ensayar sus más audaces ideales. La revolución había abatido al viejo régimen. Sobre sus ruinas, iba a elevar un edificio nuevo. En la enseñanza como en todos los campos, la renovación podía ser total. La Constitución de Weimar se inspiró en la mentalidad y en la ideología de los reformadores más conspícuos de la escuela alemana. Estableció la obligatoriedad y la gratuidad de la educación popular hasta la edad de **18** años. Proclamó el derecho de los más capaces a la educación media y universitaria. Admitió el principio de la libertad de enseñanza.

Pero ni aún en teoría este principio obtuvo en Weimar una aceptación plena. La nueva constitución alemana demarca con cuidado sus confines. Un comentarista de este capítulo de la carta de Weimar precisa así esta limitación: «En realidad, lo que asegura la Constitución en esta declaración del artículo 142 es que, el Estado velará porque se asegure a todo ciudadano y a todo niño la educación que crea concorde con sus conceptos filosóficos y con su religión o que juzguen necesaria los padres, y también porque los maestros eduquen de acuerdo con su ciencia y conciencia, sin quebrar estos mismos conceptos particulares. Pero asimismo esto tiene un límite, puesto que la Constitución ordena que en todas las escuelas los esfuerzos tiendan a desarrollar, dentro del espíritu de nacionalidad alemana y de la reconciliación de los pueblos, la educación moral, los sentimientos cívicos, el valor personal y profesional. Vale decir, que hay conceptos filosóficos cuya enseñanza no cabe dentro de la constitución, que le fija fines determinados y los fines marcados por esta disposición coactan la libertad de enseñanza en gran manera». *(La Reforma Escolar en Alemania.* Edición de LA LECTURA Serie de «Educación Contemporánea»).

Por otra parte, es interesante constatar que las mayores innovaciones de la reforma educacional alemana han sido las efectuadas en la enseñanza primaria y complementaria: «escuela del trabajo», «comunidad escolar» etc. En este sector la voluntad de renovación ha encontrado muchos colaboradores.

Y la reforma ha progresado, sobre todo, como lo remarca el libro que acabo de citar, en Sajonia, Turinghia y Hamburgo. O sea en los estados donde ha prevalecido la influencia política de los socialistas y comunistas.

En la Universidad ha persistido el espíritu del viejo régimen. Minorías enérgicas y valientes de maestros y estudiantes han tratado de reemplazarlo por el espíritu de la nueva Alemania. Pero la Universidad ha seguido siendo la ciudadela de la reacción. La Universidad y la República no han logrado entenderse. Y no ha faltado quien declare indispensable para la salud del régimen republicano una temporal clausura de las Universidades del Reich. Todo esto a pesar del principio de la libertad de la enseñanza sancionado en Weimar.

4

La libertad de la enseñanza no es, pues, sino una ficción. Es una utopía que la historia desahucia. El Estado cualquiera que él sea, no puede renunciar a la dirección y al control de la educación pública. ¿Por qué? Por la razón notoria de que el Estado es el órgano de la clase dominante. Tiene, por ende, la función de conformar la enseñanza con las necesidades de esta clase social.

La escuela del Estado educa a la juventud contemporánea en los principios de la burguesía. Las confesiones religiosas han adaptado su enseñanza a los mismos principios. En todos los conflictos entre los intereses de la clase dominante y el método o las ideas de la educación pública, el Estado interviene para restablecer el equilibrio a favor de aquélla. Unicamente en los períodos en que los fines del Estado y de la Escuela se conciertan íntima y regularmente, es posible la ilusión de una autonomía, espiritual e intelectual al menos, de la enseñanza.

Los hombres de vanguardia de Hispano-América no deben enamorarse de un miraje. Deben hundir la mirada en la realidad. Vano es todo esfuerzo mental por concebir la escuela apolítica, la escuela neutral. La escuela del orden burgués seguirá siendo escuela burguesa. La escuela nueva vendrá con el orden nuevo. La prueba más fehaciente de esta verdad nos la ofrece nuestra época. La crisis de la enseñanza coincide universalmente con una crisis política.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

Lima, 1925.

Página lírica
de Arturo Capdevila

Nocturno: A Job

¿No abrió siempre mi rosa,
mi rosa en el zarzal?
¿No sentí en carne mía
helada hoja de puñal?
¿No desgarré mis plantas
por áspero breñal?
¿No hallé por los caminos
cada mal, todo mal?

¿No fué mi suerte como
de mártires, no fué?
¿En un lecho de brasas
no me acosté?
¿No tuve llanto a flor de párpados
y lo oculté?
¿No tuve horror a flor de lengua
y callé?

¿No tuve injuria en mis oídos
y olvidé?
¿No me hirieron el alma para siempre
y perdoné?
¿No bendije las manos que me herían
y aún, no amé?
¿Cuál prueba falta?... ¡Todo
lo probé!

Tesoros tuve tan queridos,
tesoros tuve, los guardé.
Volví a buscarlos,
nada hallé.
Paciencia tuve; gran paciencia,
y sembré.
Langosta vino, seca vino,
llama fué,
y nunca, nunca
coseché.

—

¿No me dijeron: Bebe,
y mi copa rompí?
¿No tuve caridad sencilla y buena,
harta bondad no dí?
¿No le dije a mi hermano: Toma, hermano,
y me olvidé de mí?
Y publiqué esperanza,
y mentí por piedad y más mentí,
y anuncié las venturas de la vida
cuando sólo tenía mi ¡ay de mí!
Piadoso; por piadoso, mentiroso:
¡el mismo fuí!

Dí vino dulce y viejo.
(¿Y cuál fué mi festín?)
Dí flores y más flores.
(¿Y cuál fué mi jardín?)
Dí risa, mucha risa.
(¿Y cuál fué mi arlequín?)
Fin los dolores tienen,
dije... (¿Y cuál fué mi fin?)

Hablé palabras claras.
(¿Alguno me entendió?)
Oían, no entendían,
al sí llamaban no...

Hablaba y más hablaba;
ninguno respondió.
Cual lengua de los muertos
mi lengua se secó.

¿No ví que el desengaño
es la ley,
lo mismo con el paria
que con el rey,
lo mismo para toda
la triste grey?
¡También el desengaño para el pobre
pastor con su pradito y con su buey!

—

Amores de los hombres,
amores son traición.
Amores, muchos buhos
y también el halcón,
Ea cruz en el desierto
monte de la pasión;
y clavos en las manos,
y lanza en el riñón;
ladrón al lado diestro,
y al siniestro, ladrón.
¡Y se nos hace fruta
de muerte el corazón!

El mal abajo, arriba,
letal, fatal.
El mar tormentas preña,
la selva es del chacal;
el llano, de los tigres;
la oveja, del zagal...
Pero zagal y oveja,
del puma... Y siempre el mal,
el mal en todas partes,
fatal, mortal,
hasta en el claro hilito
del agua de cristal.
La Ronda me anunciaron,
la Ronda y la Reencarnación;
vueltas y muchas vueltas
para ir moliendo la ilusión.
Dijéronme de una
lejana Atlántida de perdición.
Dijéronme de un viejo
Pecado y de la sombra de un Dragón;
helada sombra que llevamos
todos en el corazón.
Dijéronme que allá, dolor arriba,
está el camino de la salvación.
¡Ah, que me importa menos,
y siempre menos mi resurrección!

—

Jugamos con la Vida.
Caballo... Sota... As...
Perdemos cada apuesta,
pero apostamos más.
Tahur astuto siempre
se está detrás,
guiñándole a la Vida
el rey, el as...
Y en vano le gritamos:
Ya no nos robarás;
o a cartas vistas todos,
o no jugamos más!
Porque apostar es fuerza
al rey, al as...
y menos nunca,
y siempre más.
Juega a la vida, juega!...
Ya perderás!

¡Ay del que nada espera!
Todo me fué falaz.
La paz busqué; decidme
¿cuál fué mi paz?
Haz de ilusiones tuve.
¿Y el haz?... ¿Y el haz?...
¿Tenaz fuí vanamente,
y seré aún tenaz?
Ni en noche gris, ni en noche negra,
ni en noche azul hay paz.
Falaz el día, y el nocturno
bien, falaz.
¡Ay del que nada espera!
¡No hay paz, Señor, no hay paz!

—

¿Quién vino a mis clamores?
¿Quién la puerta me abrió?
¿Cuál fué el Amigo grande
como fuí siempre yo?...
Cuando esperé al Enviado,
esperé, no llegó.
Dí muchas, fuertes voces:
nadie oyó, nadie oyó.
Lo que más mío era
se perdió...
Moneda mía, mía,
ladrón me arrebató.
Lámpara mía, única,
se me apagó.
Entre enemigos ando.
¿Quién no me odió?
¡Hasta los que me amaron!
¡Hasta el que más me amó!
¿Quién no se puso en contra?...
¿Quién no me odió?...
Antes de aborrecible,
ya se me aborreció.
Se oyeron pasos míos,
traidor se agazapó.
Así mi paso en todas
redes se enredó.
Así mi alma, bosque,
toda ardió...
Y la esperanza, ave,
se voló...

—

Gané, gané la muerte,
que me la traigan ya.
La muerte por la noche
como soñando va...
La negra muerte misma,
la que sin sueños da
un último silencio
muy allá, más allá
del día y de la noche,

y de Cristo y de Alá;
un último silencio
que es Dios-Tinieblas ya!

No muerte con visiones,
no muerte con afán,
no muerte con jardines
austeros de arrayán;
no muerte constelada
con la Osa y el Can
ni con aquel profundo
astro de Aldebarán.
Muerte sin nada quiero.
Y si tal no la dan,
mi pecho triste y vanamente sufrió su afán;
mis carnes vana y tristemente sangrando están;
mis ojos triste y vanamente se cerrarán.

(Del tomo *El Libro de la Noche*. Sociedad Cooperativa Editorial Limitada. Buenos Aires. 1917).

Romance del mar azul

Mi capitán, ¡cómo se sueña!
Aquí me he puesto a divagar,
mirando el mar desde la borda...
Azul está; picado está.

La que yo quiero no me quiere,
pero este amor se quebrará
como revientan a lo lejos
las grandes olas de cristal.

Aire marino, un aire fuerte
toca mi sien, vuela y se va.
La blusa azul del marinero
ala parece por volar.

Toca la banda un valse viejo
que se dilata por el mar.
El oleaje pasa y vuelve.
Flota en la brisa su humedad.

Rubios delfines nos escoltan
bajo este cielo tropical.
Siguiéndonos, ebrios de espuma,
por las azules millas van.

Yo soy el dueño de la clara,
de la redonda inmensidad.
Es como el padre de los sueños
el mar alegre, el vasto mar.

Hay un rincón para la dicha
del corazón en soledad;
un huerto en flor, tras el océano,
para el amor primaveral.

Allí la esfinge al fin sonríe
cuando la viene a coronar
de margaritas el viajero
de una ribera occidental.

Una ciudad de puertas de oro
hacia la aurora dicen que hay...
El mar azul mis sueños mece.
¡Cómo se sueña, capitán!

Mi capitán, ¡cómo se sueña!
Ni a Francia voy ni a Portugal.
Yo voy por las Mil y una noches
a las comarcas de Simbad.

Otros dirán que van de viaje
y cada puerto nombrarán.
Yo voy de sueño por los sueños,
soñando siempre más allá...

No sé español, no sé italiano,
no sé francés, no sé alemán.
Yo sueño un sueño azul marino
que me traduce en verso el mar.

El mar alegra, el mar embriaga,
¡hace reír, hace olvidar!
Mi capitán, nunca lleguemos!...
¡Viva la vida! ¡Viva el mar!

(Del tomo *La Fiesta del Mundo*, Editorial Babel, Buenos Aires, 1922).

Canción de la recién nacida

Sol de la mañana, sol del mes de julio,
hazme luminoso, que nació mi niña.
Parecer quisiera resplandor del cielo,
ser todo glorioso en gloria de la hija.
Mirarla con unos tan serenos ojos
que mirarla fuera mirarla y ungirla.
Tenderle unas manos que sólo se hubieran
arrimado a castas blancuras divinas.
Besarla con unos purísimos labios
que sólo supieran palabras purísimas.
Quererla con alma renovada y buena...
y recién nacida...

Sol de la mañana, pomme luminoso,
que nació mi niña.

Cuando en la primera mantilla rosada
ya me la mostraban a mi pequeñita,
lágrimas del alma lloró mi ternura...
Y tuvo rocío la flor de mi vida.

Abrieron los cielos doseles azules,
los cielos que estaban color de ceniza,
húmedos y fríos, lloviendo, lloviendo
hasta siete días.
Oyóse en el barrio canción de canario.
En la casa de altos los niños reían.
La mañana estaba vestida de fiesta
y el sol alegraba la mañana linda.
Los cielos abrieron en tiendas azules
bajo un gran sol de oro, cuando ella nacía.

Agrándese el mundo, y el que espera, espere;
porque a la esperanza le ha nacido amiga.

Sostén halló el débil y bordón el pobre
que por los cansados caminos camina.
Ahora de cierto se aumentó en el mundo
la paz y la dicha.
Ahora de cierto verán las estrellas
las cosas mejores, mejor protegidas.
Alégrate, hierba, y tú, nido, canta;
y vosotras, horas, bailad de alegría.
Y tú misma, estrella de la noche, alégrate,
que a ti misma, estrella, te ha nacido amiga.

Ah, quién me dijera que del barro mío
esta flor naciera, esta luz saldría;
de mi gran pobreza este gran regalo...
este gran regalo de mis pobrerías...

Alégrese el mundo, y el que fía, fíe,
que a la fe le acaba de nacer amiga.

Por las calles salgan, a los parques vengan,
que nació mi niña.

Tremolen banderas en los bulevares,
repartan confites en las avenidas.
Aviadores vuelen por los claros cielos
y arrojando vayan moneditas limpias.
Llamad a los niños y abran siete puertas
a todos los niños las jugueterías.

Párese el martillo, descanse la pala,
quédese la aguja donde está, prendida.
Canten jubileo por toda la tierra,
que nació mi niña.

Éntrese a la rada, donde todos vean,
buque milagroso que atraque en la orilla,
Bájense del buque marineros fuertes
y saquen las cargas de sus maravillas.
Que haya para todos y cada uno tenga
lo que necesita.

Y bajen tesoros en arcas profundas
y esténse bajando tesoros cien días.

Que haya para todos y cada uno tenga
lo que más quería.

Agrándese el mundo, y el que sueña, sueñe;
que cosas soñadas se verán cumplidas.
Alégrate, hierba, y tú, nido, canta;
y vosotras, horas, bailad de alegría.

Ahora en la cuna de blancos cendales
se durmió confiada la recien nacida.
Y la madre canta, sin saber que canta:
Duérmase mi niña...

(Del tomo *La Fiesta del Mundo*).

En la tierra de Renán

A NOEMI RENÁN, *dignísima hija sobreviviente del Maestro de la* Plegaria ante la Acrópolis.
Homenaje de

C. HISPANO.

1 Carta a J. García Monge

Permítame usted, mi amigo y señor García Monge, que para estas impresiones de Bretaña, que habrán de ser la introducción al tercer tomito de mis traducciones de Renán, que usted, con tan selecto gusto y esmero, ha editado, adopte la forma epistolar, porque es con la que más me acomodo para narrar, en tono confidencial, las cosas sencillas y familiares de este país, que en otro estilo o traje quizá no serían bien recibidas. Recuerde usted, como excusa, las escenas caseras, y sin embargo deliciosas, que cuenta la Sevigné en sus clásicas y tan lindas cartas, sin que esto signifique que las mías intenten, ni siquiera imitar las inimitables de aquella ilustre Marquesa.

Desde el 30 de agosto, en que salí de Deauville, estoy pisando tierras bretonas. El día de mi llegada a Tréguier, la cuna de Renán, apenas instalado en el Hotel Lalauze, de propiedad de una antigua y honrada familia de esa ciudad, supe que, a consecuencia de una caída al ir a introducir granos a los sótanos de la casa, había muerto, desnucado, la mañana del día anterior, el señor François Filoux, esposo de madame Jeanne Le Naurés, descendiente directa de los antiguos Le Bigot, que usted recuerda, por las curiosísimas cartas que publicó René D'Is en su *Renán en Bretagne*, que fueron quejosos pero constantes inquilinos, primero de madame Renán, y muerta ella, de su insigne hijo. Pues bien, me tocó entierro.

Al madrugar al día siguiente a conocer la casa en que había nacido y pasado su infancia el maestro, la encontré llena de gente, esto es, de bretones y bretonas de toda la comarca, porque aquí las cosas pasan lo mismo que en Buga, mi tierra natal, cuando era niño: se moría el médico o el sacristán, y asistía todo el pueblo al entierro.

Entre las señoras que había, todas con sus sayas negras, capitas, también negras, con franjas de seda, y cofias blanquísimas, bien almidonadas y aplanchadas, y con dos puntas sueltas a los lados, que es, para las mujeres, el traje tradicional y general en toda la Bretaña, entre esas señoras me señalaron a Noemí Renán, único hijo sobreviviente de Renán, y también su única hija mujer, sin contar a Ernestina, que usted sabe murió a poco de nacer, como no ignora que Noemí es viuda de A. Psichari, Director de la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona. Sobra decirle que Noemí estaba vestida lo mismo que las parientes



La estatua de RENÁN *en la plaza de Tréguier, al lado de la Catedral.*

más cercanas del difunto, pues M. Filoux es para ella más que su locatario, el marido de la única descendiente directa de los Le Bigot, un verdadero hermano.

El entierro fué corto, porque casi al frente de la casita de Renán está el cementerio de Tréguier, que no describo porque habría para otra carta. El ataúd fué llevado también al estilo de mi niñez, en sábanas, cuyas puntas cogieron los señores. Ya en el cementerio, todos los parroquianos, quiero decir, los bretones, fueron colocando las coronas que llevaban en la mano en torno del hoyo donde se descolgó el ataúd. Entre esas coronas, una de las mejores, de moradas violetas, tenía una tarjeta con bordes negros, que decía: Madame NOEMÍ RENÁN.

Al día siguiente, sin ser invitado, me tocaron también bodas. Se casaba la señorita Anne Cousin, oriunda de la cercana aldea (aquí dicen *bourg*) de Plonguiel, que queda del otro lado del río, con un joven de Tréguier, pariente cercano de madame Lalauze, dueña del hotel, y naturalmente, siendo la mejor cocina del lugar, los pavos se mataron en la casa. El matrimonio también fué bugueño, digno del tiempo en que crecí en esa ciudad. La novia, vestida de blanco y con guirnaldas de flores blancas, salió de su casa a pie, acompañada de sus padres y amigos, que llevaban también ramos de flores, y el novio salió de la suya al lado de sus amigos con indumentarias... indescriptibles. Primero fueron a la *Mairie*, y en seguida a la catedral gótico-romana, aquella misma de que hablan tánto los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. Pero lo bueno fué la boda, boda vallecaucana, que ya no veía desde hace ay! tántos años, boda con pavos rellenos, melones y sandías, y el cura presidiendo la mesa y el alcalde perorando, y todo en medio de mucha confianza y de mucha alegría sana y sencilla, bodas como ya no se ven, ni aun en el Valle del Cauca, sino en los campos, que siempre han sido los más constantes guardadores de las cosas buenas; y si no, recuerde, amigo García Monge, que el paganismo se llama así porque fueron los viejos campesinos, griegos y romanos, los últimos, fieles a su encantadora religión, y los más reacios a las novedades y modas judías.

La semana anterior a mi llegada a Tréguier, había llovido a cántaros en toda la región, hasta el punto de que ya estaban pensando en improvisar un *Pardon*, fiesta religiosa, como usted sabe, antiquísima de la Bretaña, pero que no se celebra sino el 19 de mayo de todos los años. Va usted a creer que miento al decirle que a causa, sin duda alguna, de caprichos atmosféricos en esta tornadiza zona templada, o por cualquiera otra razón metereológica, apenas llegué, dejó de llover, y fué lo suficiente para que al verme pasar las gentes por las calles, con traje distinto al de ellos, y en calidad de único extranjero huésped de Tréguier, comenzaran a mirarme con buenas caras y a llamarme en bretón: *Dougueur amzer gaez*, que significa, al decir de los que hablan bretón y francés: *Porteur de beau temps*.

El tiempo siguió espléndido casi una semana, pero como viera que amagaba por los lados de Lannion, que son nubes seguras en Tréguier, según me había informado muy reservadamente, madrugué el 9 para esta incomparable playa del mar de Bretaña, el dulce mar que arrulló la infancia de Chateaubriand y de Re-

nán, del cual dijo Michelet, uno que no era bretón: «Si a mí me preguntaran cuáles playas de Francia son las más seductoras, sin vacilar diría que las de Bretaña».

Y es desde este Hotel de Trestriguel, y desde un cuarto que da al mar de Armórica, y mirándolo y oyéndolo cantar de día y de noche, desde donde le escribo esta carta, y después otras para contarle como es Tréguier y la casa de Renán, y las visitas que hice, primero, en la isla de Brehat, (aquèlla del discurso encantador), a madame Corinne Dardignac, nacida en Dauphin, nieta de la tía Perrine, que Renán en su infancia iba a visitar con su madre, y de la cual habló con tanta ternura el día de la recordada fiesta de Brehat, y después a Noemí Renán, quien vive aquí cerquita, en su casita *Petite Frou-Frou*.

Me contristo, señor mío, al pensar que hubiera muerto sin conocer este país, donde he vuelto a vivir mi infancia. Volver a vivir los días de la breve e inocente niñez, ¡quién no ha echado a volar ese lindo globo alguna vez en la vida!

Desde la tierra maravillosa y legendaria de Merlín, de Chateaubriand y de Renán, lo saluda,

C. Hispano

Trestriguel (Costas de Bretaña), 16 de setiembre de 1924.

P. S.—Cuando iba a enviar al correo esta carta, supe que, a causa de haber recibido muy malas noticias de la salud de M. Anatole France, partiría hoy para París madame Renán. Yo también regresé a Tréguier para seguir mañana a Port Blanc, linda playa más cercana y continuar allá estas cartas. Miguel Psichari, muerto en el campo del honor, en la guerra pasada, casó con Suzane France, hija del primer matrimonio de M. Anatole France, de suerte que Lucianito Psichari, de diez y siete años de edad, único hijo de Miguel Psichari, es biznieto de Ernesto Renán y nieto de Noemí Renán y Anatole France.

Tréguier, 18 de setiembre de 1924.

2. Tréguier

«Tréguier, mi ciudad natal, es un antiguo monasterio fundado en los últimos años del siglo v por San Tudwal o Tual...» Así principia Renán uno de los más bellos capítulos de *Souvenir d'enfance*, y esa ciudad y su catedral, son hoy tan iguales a como él las describe, que parece que el Tiempo ni aun las hubiera rozado con sus alas.

La mole imponente de la catedral de Tréguier, en forma de un gran barco de piedra, sigue dominando la ciudad y los contornos. Es contemporánea de San Yvo, esto es, del siglo XIII, pero su torre más antigua, llamada de Hastings, data del siglo XI; es, pues, romana. Las otras dos torres se llaman *De Sanctus* y *Nueva*, ésta con un campanario en forma de flecha de granito de sesenta y tres metros de altura, desde donde he contemplado, entre los vuelos de las cornejas, que hacen allí su nido, toda esta comarca regada por los verdes ríos navegables, el Jaudy y el Guindy que ciñen a Trégnier, y se juntan, al despedirse de ella, para dirigirse al cercano mar de Armórica.



Minihy.—*La tumba de* San Yvo

En el interior, este soberbio edificio, de sesenta y ocho ventanas con vidrios de colores, tres naves, obras maestras por su audacia y ligereza, y doce antiquísimas capillas, con tumbas de reyes, de duques y de santos, es de una belleza impresionante.

En el coro hay cuarenta y seis sillas, artísticamente esculpidas en 1512, y en las dos primeras se ve a San Tudual, que conduce al mar, con su simple estola, un dragón que asolaba el valle de Tréguier, y en la otra, a San Yvo pasando a pie enjuto un río, cuyas aguas se apartan ante él.

* *

En el centro de la catedral está el sepulcro que guarda las cenizas de *Saint-Yves (Santiv)*, patrono de Bretaña, nacido en las cercanías de Tréguier, en la granja de Kermartin, sobre cuya puerta se lee esta leyenda, que traduzco literalmente:

«Aquí nació el 17 de octubre de 1253, y murió el 19 de mayo de 1303, San Yves, Rector de Tréguier, cura de Tredretz y de Lohanne. En su casa, que subsistió hasta el año de 1834, en que fué demolida por causa de vetustez, Monseñor Hyacinthe Louis de Quelen, arzobispo de París, y propietario del dominio de Kermartin, hizo colocar esta inscripción, a fin de que un lugar santificado por la presencia de tan gran servidor de Dios, no quedara olvidado. 1837».

Encima de la inscripción, hay una estatuita de San Yvo, cuya fiesta se celebra todos los años, el 19 de mayo, en medio de inmenso concurso de peregrinos, que vienen de todos los confines de la Bretaña. La procesión sale de la catedral de Tréguier y se dirige a *Minihy*.

La iglesita de *Minihy* es un elegante edificio del siglo XV, con torrecillas que se dirigen al cielo, vestidas de hiedra, y un cementerio en torno, que es un lindo jardín de cruces blancas y losas de mármol, también blancas. Cuando salen de la capilla las devotas, se reunen allí para conversar y cuidar y regar las matas, y coger las mejores flores y llevarlas al santo. Al entrar a la iglesia, se lee esta inscripción en bretón:

Zant Ervoan pedet evidomo.
(San Yvo, ruega por nosotros).

En un gran cuadro, colocado sobre una de las paredes, se conserva el testamento del santo, que principia:

«Ego Yvo Heloury sacerdos indignus te servus Cristi vilissimus testando volo et concedo capellam a me fundatum ad honorem...» y termina: «Datum dieveneris post festum sancti Petri ad vincula anno domini millesimo ducentesimo nonagesimo septimo et novery fidelum etc. Yvo Heloury».

Al salir se santigua uno en dos enormes y hermosísimas conchas marinas rosadas, donde está el agua bendita.

A esa encantadora capilla y a esa granja, de los sitios más poéticos que conozco, se refería Renán, conmovido, en sus *Cahiers de jeunesse*, escritos a los veinte años:

«Siento, a veces, palpitaciones del corazón al recuerdo de mi querida

Bretaña. Pienso en los caminitos del lado de atrás, a las orillas del Guindy, en la ruta de San Yvo, en la *Capilla de las Cinco Llagas*, en los tres pinos sobre la colina, en el álamo, cerca de la fuente, donde mamá me arrebató un libro de filosofía. Aún los parajes menos risueños me sonríen. Lo seco y lo árido se coloran por el pesar de no verlos. ¡Ah! Todo un cielo, todo un ideal pueden ser una flor, un junco, una zanja, un arroyo, una revuelta de camino, un árbol, cuyas raíces se veían, la cruz de piedra en la colina, todo eso tan poético y tan inexpresable».

Muchos años después, en plena vejez, volvió a hablar en sus *Souvenirs d'enfance* de otra capilla consagrada a San Yvo, protector de los abogados, que se levantaba del otro lado del Jaudy, sobre la colina Turzunel, y de la que sólo queda hoy un montón de piedras:

«Cuando murió mi padre, mi madre me llevó a la capilla de *Saint-Yves de la Vérité*, y lo constituyó mi tutor. No puedo decir que el Santo haya agenciado maravillosamente mis negocios, ni menos que me haya instruído mucho en lo que se refiere a mis intereses; pero le debo algo más que eso: me dió la alegría, que es mejor que la riqueza, y un buen humor natural que me mantiene siempre contento hasta hoy».

* *

San Yvo, el santo de la devoción de este pueblo, fué el defensor de todos los oprimidos, de las viudas y los huérfanos. Sus milagros no tienen número, y así, cuando me encuentro en Tréguier, todas las tardes voy a la capilla de *Minihy*, edificada en el lugar donde nació, a ver pasar las viejecitas bretonas, de rodillas, bajo el santo arco de su mausoleo, y salir felices, cantando, con la certeza de recibir lo que han pedido:

N'en eus Ket en Breizn'en eus Ket unan,—N'en eus Ket eur zant evel zan Erwan,

(No hay en Bretaña, no hay uno solo.—No hay un santo igual a San Yvo).

En las vitrinas de colores de las ventanas está pintada la vida del santo. Su estatua, entre las de un rico y un pobre, se ve rodeada de lápidas de mármol, incrustadas en la pared, en que se le dan las gracias por los beneficios recibidos:

«Merci, San Yves.» San Yvo, concededme cuatro gracias. De ti me vendrán de Dios, por ti volverán a Dios. 18 mayo, 1895.»

En torno de la capilla están inscritas las letanías del santo, que estas gentes rezan en su idioma con un fervor patético:

«San Yvo, santo entre los santos, salud de los marinos, tutor de los huérfanos, padre de los pobres, flor espléndida de la Armórica, árbitro de los litigantes, delicia del Rey de los cielos, honor de Bretaña, príncipe de la paz, trompeta de la verdad angélica, fuente de misericordia, río de compasión, oráculo de verdad, pastor vigilante, luz del país de Treguier, gloria resplandeciente de la iglesia bretona, ornamento de Francia; que devolviste la vista a tántos ciegos, que tántas veces apaciguaste el furor de los mares, que con un solo signo de la cruz extinguiste los incendios, que has devuelto la vida a los niños en el seno de sus madres, etc., etc».

Viendo orar a estas pobres mujeres, postradas a los pies del santo, con esa fe y ese fervor, que fueron los mismos de mi madre cuando rogaba, a los pies de otro *Milagroso*, por su único hijo, siempre ausente, yo me he sentido estremecido en todo mi ser...

Mientras el hombre nazca de mujer, su corazón, a veces, hablará más alto que su inteligencia, y el mismo Ernesto Renán no pudo reprimir sus sollozos cuando ya anciano, en la última jornada de su vida, vino a visitar, por la postrera vez, el viejo santuario de su madre y de su infancia, donde su alma aún sigue revoloteando en forma de gaviota blanca...

C. HISPANO

Port-Blanc, (Costas de Bretaña), 27 de setiembre de 1924.

Tablero

=1925=

Indice: ¡Un Presidente centroamericano amigo de la filosofía religiosa y que en ella cree! ¡Un Presidente centroamericano, uno, que, como el insigne Presidente Masarky, de Checo-Eslovaquia, considera la Jefatura de la República como una obra de educación! Tal Presidente es el de Honduras, el Dr. MIGUEL PAZ BARAHONA. Ha ordenado que en la Tipografía Nacional, Tegucigalpa, 1925, se edite *El Dogma de los Hombres Libres,* de M. J. Lamennais. Y el mismo Dr. PAZ BARAHONA prologa la cuidadosa edición con razones y palabras ejemplares, como puede verse:

AL PUEBLO

Todo buen sistema de educación debe tener como principal objeto dominar y corregir las malas propensiones inherentes a la naturaleza humana, propensiones malas que bien define Voltaire cuando dice en su Diccionario Filosófico:

«Todo hombre nace con una fuerte inclinación por la dominación, la riqueza y los placeres, y con mucho gusto por la pereza; por consecuencia, todo hombre querría tener el dinero y las mujeres o las hijas de los otros hombres; ser su amo, sujetarlos a todos sus caprichos y no trabajar, o por lo menos, no hacer sino cosas muy agradables.»

Pues bien, si nosotros nos ponemos a estudiar los métodos de educación que se emplean en Honduras, veremos que en vez de procurar la extirpación de esas malas tendencias de que habla Voltaire, se fomenta más bien su desarrollo, pues por una parte se descuida casi en absoluto la educación moral del sujeto, y por la otra se favorece el desarrollo de necesidades imperiosas, sin desenvolver paralelamente la capacidad para satisfacerlas por medio de un trabajo honrado y productivo; y así se explica que entre más se extiende esa educación viciada, la criminalidad aumenta, las guerras civiles son más frecuentes y feroces, la pobreza se generaliza cada día más, cuando debería ser lo contrario, si la educación que se da a la juventud fuese una educación eficientemente moral y eminentemente práctica. Así, pues, si queremos salvar a Honduras de las malas pasiones y vicios de sus propios hijos, pues indudablemente son aquéllos los que están acabando con ella, debemos atacar el mal en sus dos causas principales, combatiendo en primer lugar, por medio de la Escuela, donde se enseñe pura y simplemente la moral cristiana, la horrible desmoralización que nos ha invadido, pues si bien se considera, no hay moral superior a aquélla, porque en esencia, el verdadero cristianismo no es sino una continua aspiración a hacerse mejor, enseñando el amor a Dios y a su prójimo; y en segundo lugar, a la vez que se edifica la personalidad moral del sujeto,—creándole una conciencia que le impida practicar el mal,—se debe construir su personalidad física, y por esto entiendo la enseñanza práctica de la Agricultura, de las industrias, de las ciencias y de las artes, procurando, asimismo, el desarrollo armónico y completo de las fuerzas físicas y mentales, con objeto de que el individuo pueda ejercer con habilidad y buen éxito la profesión que escoja, de tal manera que en todo lugar y en cualquiera circunstancia de la vida, pueda vivir honradamente con el trabajo de sus músculos y de su cerebro, conservando de este modo su independencia y su dignidad.

Estas ideas me han hecho pensar que, mientras se realiza esa escuela ideal—que entre paréntesis es la única que puede salvarnos—convendría ir levantando el nivel moral de los pueblos y de la juventud, desgraciadamente tan decaído por el continuo espectáculo de toda clase de crímenes, por medio de lecturas que enseñen el amor al prójimo, la unión para sobrellevar mejor los males de la vida y a luchar por la justicia. Y para llenar este objeto, nada mejor que el Dogma de los Hombres Libres de M. J. Lamennais, que ahora ofrezco a mis conciudadanos, como una débil muestra de mis ardientes deseos por su mejora y bienandanza.

¡Pueblo Hondureño! ¡Hermanos míos! Leed y meditad este libro, sobre todo cuando estéis acongojados por el sufrimiento, de cualquiera naturaleza que sea. Leedlo, repito, y veréis que sus saludables doctrinas os confortarán y darán inmensas fuerzas para la lucha quitándoos toda idea de hacer mal a vuestro prójimo.

M. Paz Barahona.

Entiéndanló, Presidentes: Primera Magistratura, supremo magisterio. Lo demás es mando.

De nuestro Magón hemos recibido un artículo inédito: *Semper fidelis*, Quiso Magón que saliera para el *Día de Finados* en un diario de circulación extensa. Por consiguiente, lo pusimos en manos del Sr. Director del *Diario de Costa Rica*. En esta entrega también lo reproducimos.

—

Del Dr. Dihigo, de la Facultad de Letras y Ciencias de la Universidad de la Habana, hemos recibido una carta muy sensata en respuesta al Cuestionario que en otro tiempo pasó el Sr. Vincenzi a los intelectuales de América. La publicaremos en la entrega próxima.

—

Don J. de la Luz León, amenísimo periodista cubano, ahora con cargo de Cónsul de Cuba en La Coruña, España, nos remite dos de sus crónicas, de las mismas que antes han visto la luz en *El Diario de la Marina* de la Habana. Las aprovecharemos.

—

Otras colaboraciones recibidas en estos días: del Padre Pallais, León de Nicaragua, una poesía: *En el día de la maestra.* Lo que dijeron las niñas traviesas; de don Efraín Sáenz Cordero: un soneto, *El veterano,* dedicado al Dr. Ferraz. En la entrega próxima saldrán.

—

Con el título de *Hoy sábado*... Arvelo Larriva viene publicando en Caracas, todas las semanas, unos cuadernos muy interesantes de literatura venezolana y extranjera. Hoy hemos recibido el Nº 5 del tomo I, con escritos inéditos de Pedro-Emilio Coll. Los primeros le dan título al cuaderno: *Las tres divinas personas,* tres cuentos preciosos que pronto hemos de darlos a nuestros lectores. Gracias a Pedro-Emilio por el envío de 2 ejps.

—

De Miguel Rasch Isla hemos recibido un poema en dos cantos: *La Visión.* Bogotá, 1925.

De Humberto Tetera: una novela corta: *El Popocatepetl,* en las ediciones de la Novela Semanal de *El Universal Ilustrado.* México, D. F.

—

En la Editorial Excelsior, de París, continúa nuestro amigo Ventura García Calderón, la Biblioteca Liliput, que bajo su dirección alcanzó a publicar por ahí de unos 20 preciosos tomitos de letras hispano-americanas (de preferencia). No se llama ahora Liliput, no tiene nombre especial la nueva serie, pero el buen gusto en las selecciones es el mismo. Hemos recibido los dos primeros: *Rimas completas* de Gustavo Adolfo Bécquer. Con un comentario lírico de don Miguel de Unamuno. *Y Anécdotas escogidas* del Inca Garcilaso de la Vega. Selección y prólogo de V. García Calderón.

Todo encomio de estos libritos es poco. Háganse de ellos los amantes de las buenas letras castellanas.

Sobre los estudios estéticos

=Extracto de la conferencia que dictó Rafael Estrada ante la Asociación de Estudiantes de Costa Rica, la noche del veintiseis de mayo último.=

(*Continúa.* Véanse las entregas 6 y 7).

IX. Ciencias auxiliares especiales de las artes

Además de las ciencias auxiliares generales, de las cuales citamos la historia y la psicología, las ciencias auxiliares especiales dan origen a nuevas divergencias de criterio y a nuevas confusiones. La métrica, la armonía, la estática, la perspectiva, etcétera, son ciencias en cuyo valor técnico se encuentra una clave de formas para cada una de las artes a que deben su existencia: poesía, música, arquitectura, pintura. Estas ciencias, como sabemos, se han deducido de las obras artísticas y han variado según las épocas. En ellas puede encontrar el estético un campo muy amplio para sus especulaciones, mas no para razonar, en nombre de ellas, contra el valor artístico de una obra; y sin embargo, es un hecho constante el de que todo estético, en este punto de su estudio, se dedique a señalar en una obra cualidades técnicas o defectos técnicos, prescindiendo de las observaciones históricas y psicológicas.

Señalemos aquí marginalmente la posibilidad de apreciar las ciencias auxiliares especiales en el valor histórico, en el valor psicológico de cada una, y las múltiples opiniones que de ello pueden originarse.

Supongamos el caso ideal de que los tratados tomaran en cuenta la evolución histórica del arte y sus fundamentos subjetivos y culturales: las ciencias auxiliares especiales darían, en cada autor, una apreciabilidad diferente. Tan sólo, observemos, serían acordes en aquellos detalles consagrados por los artistas. Por ejemplo: en música, los estéticos convendrán en que la tonalidad más a propósito para expresar la melancolía se encuentra en las escalas menores; esto no lo deducirán, por supuesto, de sus razonamientos propios, sino que será tan sólo la observación hecha en las obras de música melancólica, en las cuales el tono menor predomina. La historia puede ofrecer ejemplos de música melancólica escrita en otros tonos y hace posible suponer que así puede escribirse; mas el estético, de hoy en adelante, hará uso de su regla, deducida de las obras melancólicas, y desatenderá el valor artístico de un músico que la escriba en esos tonos. Este absurdo es un hecho constante en los estudios estéticos.

X. Estética y crítica de arte

Lo expuesto da margen para estimar que la Estética y la Crítica de Arte vienen a constituir una sola entidad. Realmente una crítica de arte, razonada y culta, es un compendio de estética.

Pero sigamos en la subdivisión de la materia, que nos permite con alguna lógica clasificar en categorías los estudios sobre el arte. Primero, según la filosofía que los caracterice; luego, según predomine en ellos una de las ciencias auxiliares generales; y en último término, según tenga preponderancia en el autor una u otra de las ciencias auxiliares especiales.

Hemos visto que la crítica de arte tiene la tendencia, cuanto más vulgar sea, a partir de los preceptos de estas ciencias auxiliares especiales. Aún nos falta un último término: para los autores que confunden las subdivisiones especiales del estudio del arte.

Para la clasificación en categorías completaremos el ejemplo anterior así: en un estudio de crítica sobre música, puede encontrarse una apreciación histórica que prepondera; o bien una apreciación psicológica; definido este primer punto, observemos si la mirada del autor se dirige especialmente a la melodía, a la armonía, o a determinadas modalidades de construcción.

Ninguno de los estudios así catalogados, aún cuando contenga observaciones sugestivas, podrá darnos, lo hemos visto, una apreciación que no sea unilateral y desde luego deficiente. El examen cuidadoso de cualquiera de esos estudios, nos llevará a señalar infinidad de apreciaciones parciales, caprichosas y hasta contradictorias.

XI. El ejemplo de Meumann

Elijo el último libro que ha llegado a mis manos sobre cuestiones estéticas: el *Sistema de Estética* de Meumann. La importancia de este tratadista lo hace merecedor a la atención de todo ibero-americano; basta para ello la circunstancia de que nos llegue, en esta y las anteriores obras, con el sello de la Editorial Calpe en las portadas.

Enseguida veremos por qué no me ha sido posible fijar su posición filosófica; en ninguna parte la encuentro definitivamente expuesta; sigue, a mi parecer, sin formar por eso sistema, el cientifismo de los Winkelmann y Lessing. Así, pues, señalaré tan sólo casos de confusión y contradicciones cometidas dentro de las ciencias auxiliares generales y las ciencias auxiliares especiales.

Empecemos por los casos relativos a las ciencias *generales. La psicología es aprovechada primeramente para la comprensión de las artes; y es absolutamente desconocida al explicar las manifestaciones artísticas.*

Páginas 104 y 105: señala el origen del placer estético en cada una de las artes; respecto a la poesía manifiesta: «En las obras de poesía, por el contrario, el agrado parece proceder de la comprensión del *contenido*, y *tan sólo entonces*, cuando se ha tenido éste, llegan a eficacia los elementos sensibles y los elementos formales, como la belleza del lenguaje, del verso, del ritmo y la estructura formal de la poesía». Y en muchas otras partes, v. gr. pág. 83, se refiere a las artes en general y dice de todas ellas, en globo, que actualmente están caracterizadas por una potenciación de los medios expresivos, esto es, de la forma. El agrado estético, distinto según su conclusión psicológica, en cada una de las artes, desaparece para juzgar *todas* las artes por su elemento formal: incluso, por supuesto, a la poesía, cuyo *contenido* no se examina.

Veamos otro caso: aquí parece insinuarse una filosofía positivista que desaparece ante el mejor éxito de una apreciación psicológica. Concreto el caso así: *El objeto del arte, la obra artística, se propone como norma fundamental para las investigaciones estéticas, y luego se afirma que es tan sólo uno de los cuatro fenómenos de la actividad artística.*

En la introducción, en las primeras líneas (como en otras partes) expone el criterio que inspira su sistema, y dice: es «mi convicción de que la Estética puramente psicológica se halla inerme ante las cuestiones capitales de la estética y de las ciencias del arte; son los fundamentos objetivos los que sirven de norma para determinar» etc. Y luego, en el Primer Capítulo, por ejemplo, se inicia con estas palabras: «A la esfera estética de la vida pertenecen cuatro grandes e importantes fenómenos: 1.°, la actividad de la creación artística; 2.°, su producto, o sea la obra de arte; 3.°, etc.»

Este caso es sumamente curioso; me ha parecido convencerme de que los puntos 1.°, 3.° y 4.° los desarrolla en el libro a base de psicología, la ciencia que consideraba inerme ante las cuestiones capitales; y el segundo punto, a diferencia de los otros que ponen nombre a los capítulos, no aparece tratado a pesar de que era, según la Introducción, el fundamento de las normas que iba a determinar.

Otro caso: *Una conclusión histórico-psicológica, deducida tan sólo de determinadas manifestaciones artísticas, es aplicada en general para apreciar el valor artístico de todas las obras de arte.*

Página 55: expone que el arte es representación de una vivencia en una obra *duradera.* Esta condición de durabilidad la sustenta Meumann en todo momento que aborde la definición de las artes. Deja fuera de su sistema infinidad de manifestaciones artísticas que no han buscado lo duradero: los músicos ejecutantes, los oradores, las estrellas del baile y del teatro en general, los improvisadores de la Edad Media, ofrecen también el caso de buscar lo duradero, o no son artistas, en el sistema de Meumann? Los juegos pirotécnicos pueden poseer altos valores artísticos, y sin embargo desvanecerse en la noche.

Encontraremos de igual manera numerosos ejemplos que podemos explicar por la confusión de una especialidad de los estudios estéticos con otra especialidad de los mismos. Las subdivisiones que hemos hecho según filosofías, según las ciencias auxiliares generales y según las ciencias auxiliares especiales, hacen a los autores deducir de alguna de ellas principios que indistintamente aplican a materias concernientes a otras subdivisiones; o bien de un estudio parcial y concreto deducen principios que aplican indistintamente a todas las manifestaciones del arte.

RAFAEL ESTRADA

(Concluirá en la entrega próxima)

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica